

# **SAN ISIDRO, LABRADOR**

**Día 15 de mayo**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**I**sidro de Merlo y Quintana, que por su condición fue un pobre labrador, y por su santidad es ya patrono de la corte de Madrid, nació en Madrid en el año 1081, y se cree fue bautizado en la parroquia de San Andrés: fue hijo de padres humildes, pero temerosos de Dios, que pusieron al niño el nombre de Isidro ó Isidoro, por la devoción que tenían con San Isidoro, arzobispo de Sevilla. , Enseñado del Espíritu Santo aun más que de los hombres, formó tan elevado y tan claro concepto de la santidad de nuestra religión, que su vida fue modelo de perfección cristiana á todos los estados, y su virtud en la condición humilde de labrador admiró á la villa de Madrid.

Habiéndose casado con una virtuosa doncella que se llamaba María, le inspiró desde luego su misma devoción y sus piadosas máximas; haciendo ésta tantos progresos en la virtud, que también es venerada como Santa. El único hijo que tuvieron por fruto del matrimonio imitó la piedad de sus santos padres, que le dejaron por herencia la posesión de sus admirables ejemplos.

Reconociendo San Isidro las virtuosas inclinaciones de su santa mujer, la propuso que en adelante habían de vivir como hermano y hermana, á lo que se obligaron con voto; y desde entonces fueron cada día más abundantes los favores que recibieron del Cielo aquellos dos castos esposos.

Como se vio precisado á mantenerse á si y á su corta familia con el trabajo de sus manos, entró á servir con un vecino en Madrid, llamado Iban de Vargas, obligándose á cultivarle las tierras y las heredades, mediante el salario en que se concertaron. La nueva obligación no le estorbó para gastar el mismo tiempo que antes en sus diarias devociones. Madrugaba por las mañanas mucho antes de la hora destinada para salir al campo; visitaba algunas iglesias, y particularmente la de Nuestra Señora de Atocha, donde oía Misa cada día y hacía con fervor sus acostumbradas oraciones.

No faltaron muchos que censuraron su devoción. Como estaba asalariado, hubo algunos que le acusaron á su amo de que en lugar de irse al campo muy de mañana, como era de su obligación, se andaba visitando iglesias, dejando la tierra sin cultivo, y que así estaba manteniendo á un hipócrita ó á un simple. Examinó Iban de Vargas lo que le decían, y, hallando ser cierto que su criado iba todos los días á hacer oración á muchas iglesias, se persuadió á que sus tierras no podían menos de padecer detrimento por una devoción imprudente, que quitaba á las labores las mejores horas del día. Teniendo por seguro el sorprenderle, fue una mañana al campo, lleno de cólera; pero quedó admirado cuando á bastante distancia descubrió dos pares de bueyes, extraordinariamente blancos, que estaban arando á los dos lados de su criado. El ansia de saber lo que era le hizo acelerar el paso; pero luego que se acercó desaparecieron los bueyes. Ya se le había templado la cólera con lo que había visto; pero, creciendo el deseo de saber lo que era, saludó á su buen criado con mucho cariño, y le dijo con el mayor agrado: *Isidro, dime con ingenuidad: ¿quiénes eran los dos que estaban arando contigo y desaparecieron luego que yo me acerqué?— Yo señor,* respondió el Santo, *no sé que me ayude otro que Dios, á quien invoco cuando me pongo al trabajo, y no le*

*pierdo de vista en todo el día.* Comprendió entonces Iban lo que significaba la visión, y conociendo también la santidad de su criado, le exhortó á que prosiguiese en sus diarias devociones, y más cuando reconoció que en todo el término no había tierras mejor labradas que las suyas, ni que prometiesen cosecha más abundante. Había recibido Isidro un don de oración tan elevado, que sus rezos eran una continua contemplación. Estando un día en la iglesia de la Magdalena, le vinieron á decir que acudiese prontamente á socorrer á su jumentillo, porque le iba siguiendo un lobo; prosiguió tranquilamente su oración, y, saliendo después de la iglesia, halló al jumento paciendo en el prado, y al lobo muerto á sus pies.

La devoción que profesaba á la Santísima Virgen parecía haberse anticipado al uso de la razón. El *Avemaria* era la oración de su cariño, y cuando hablaba de la Madre de Dios parecía anegarse, mostrando bien los términos en que se explicaba lo tierno y lo encendido de su amor.

Su caridad con los pobres era extrema, teniéndose á milagro las muchas limosnas que hacía; y, con efecto, hizo Dios muchos prodigios para acreditar su liberalidad y su confianza. Habiendo distribuido un día á los pobres todo lo que había en casa, llegó después uno, á quien no sufría el corazón de Isidro dejar sin limosna; buscóla su santa mujer con la mayor diligencia y, no habiéndola hallado, declaró á su marido que era imposible socorrer á aquel pobre. *No tienes confianza,* la dijo el Santo: *anda, vuelve á buscar con más fe, y encontrarás qué dar.* El suceso acreditó la profecía, porque de repente se halló la casa llena de una milagrosa abundancia. Concurrió un gran número de pobres, y la santa mujer conoció la virtud que tiene la caridad para hacer eficaz la confianza.

No sólo autorizaba Dios la caridad de Isidro con los pobres; también hacía milagros para acreditar su compasión con los animales. Yendo un día á moler trigo, y estando el campo cubierto de nieve, reparó en un árbol gran multitud de pájaros, que se estaban muriendo de hambre; compadeciéndose de ellos, y apartando la nieve con sus manos descubrió un buen pedazo de tierra, y echó en ella una gran porción de trigo, diciendo con su acostumbrada sencillez y apacibilidad: *Pajaritos, comed, que para todos da Dios abundantemente.* Un amigo suyo que le acompañaba hizo burla de su sencillez y le tuvo por tonto, pero salió presto de su error; pues llegando al molino, vio que los costales de Isidro estaban más llenos que antes de haberlos derramado, y el mismo maligno censor fue después el pregonero de esta maravilla.

La buena economía con que gobernaba su casa, junto con la frugalidad y templanza con que vivía, no sólo le pusieron en estado de no padecer necesidad, sino que le dieron con qué hacer limosna á los pobres todos los días. Nunca dejó de socorrerlos por miedo á que le faltase, y habiendo inspirado á su mujer la misma confianza en Dios, el mismo amor á los pobres, y el mismo desasimiento de los bienes y conveniencias de la vida, la hizo compañera de sus buenas obras, y perfecta imitadora de sus heroicas virtudes.

Así vivía Isidro en aquella humilde oscuridad, desconocido de los grandes del mundo, confundido con los pobres labradores, y contado en el número de los que se llaman desgraciados de la fortuna, cuando quiso Dios recompensar la inocencia, la devoción y la caridad de su siervo, y confundir el fausto y el aparente esplendor de las grandezas humanas con los honores que le tenía prevenidos para después de su muerte. i

Sintiéndose acometido de una grave enfermedad,

conoció anticipadamente el dichoso día en que Dios quería terminar la carrera de sus trabajos. Preparóse con nuevo fervor para aquella última hora; su semblante siempre apacible y risueño, su devoción más tierna que nunca, su apacibilidad y su paciencia daban nuevo lustre á su santidad. Recibió los sacramentos con tanta devoción, que admiró y sacó lágrimas de ternura á todos los que le asistieron en la última agonía; en fin, abrasado del amor de Dios, lleno de virtudes y colmado de merecimientos, murió el día 15 de Mayo del año 1172, de edad de casi noventa y un años, como prueba el P. Nicolás de la Cruz. Luego que expiró, manifestó Dios la gloria de su siervo con gran número de milagros, que hicieron glorioso y célebre su sepulcro por toda España. Con todo eso, por espacio de cuarenta años estuvo enterrado el santo cuerpo sin alguna distinción en el cementerio de la parroquia de San Andrés de Madrid, hasta que, creciendo cada día el número de los que venían á implorar su intercesión, quiso Dios, glorificarle sacándole de aquella humilde sepultura, y haciéndole después glorioso por toda la monarquía.

Aparecióse en sueños San Isidro á un conocido suyo, y le dijo que hiciese sacar su cuerpo del cementerio de San Andrés, y que se le colocase en lugar más decente, dentro de la iglesia. Habiéndose descuidado éste en hacerlo, ó por timidez ó por desconfianza, al punto fue castigado con una grave enfermedad, de que no sanó hasta el mismo día en que se hizo la traslación del santo cuerpo. Aparecióse el Santo á una virtuosa señora, y ésta fue más obediente. Dio cuenta al clero y á la justicia; hízose una procesión al cementerio, y al primer golpe de azadón se tocaron por sí mismas las campanas de San Andrés, sin dejar de tocarse hasta que se acabó la ceremonia. A este milagro, de que fue testigo toda la villa, se siguió la vista de otro no menos admirable, que subsiste aún el día de hoy. Habiendo estado el santo

**cuerpo enterrado en el cementerio por espacio de cuarenta años, se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo. Exhalaba una suavísima fragancia, que se dejó percibir de todos los asistentes, y no pudieron reprimir las lágrimas causadas de la ternura y de la devoción. Envolvióse el santo cuerpo en preciosas telas, y, encerrado en una caja nueva, fue solemnemente trasladado á la iglesia de San Andrés, donde, después de más de quinientos ochenta años, se conserva tan flexible, tan entero, y con el color tan natural como el mismo día en que se descubrió esta preciosa reliquia. De esta capilla fue trasladado el cuerpo de San Isidro, junto con el de su esposa Santa María de la Cabeza, el día 4 de Febrero de 1769, á la Real Iglesia de San Isidro, hoy Catedral de la diócesis, donde continúan.**

**El tiempo que ha pasado desde aquella traslación hasta ahora, ha sido una continua serie de milagros, que ha obrado el Señor por la intercesión de San Isidro; lo que obligó al papa Paulo V, después de las informaciones y solemnidades acostumbradas, á publicar la bula de su beatificación el año de 1619, permitiendo se celebrase todos los años la fiesta del Santo en los dominios del rey de España. Felipe III, que solicitaba con el mayor esfuerzo se abreviase cuanto antes esta beatificación, recibió prontamente el premio de su celo. Volviendo de Lisboa, cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida. Experimentándose inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesión de San Isidro Labrador. Estábase celebrando la Misa en honra del Santo en la iglesia de San Andrés, con asistencia de toda la clerecía de Madrid, cuando llegó un correo con la triste noticia de que el Rey quedaba á los últimos, perdido ya del todo el conocimiento. Fue general la consternación, pero la confianza en el Santo moderó las lágrimas, sobre todo cuando se divulgó en la villa que, á instancia de los**

magistrados, se había de llevar la caja del santo cuerpo al cuarto del rey enfermo.

Hízose esta ceremonia eclesiástica con la mayor pompa y solemnidad, tanto, que más parecía triunfo que procesión. Colocóse la caja sobre una especie de carro triunfal, magníficamente adornado; iba á caballo toda la nobleza y todo el clero con hachas encendidas en las manos; seguíase una prodigiosa multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la casa real, se incorporaron más de seis mil personas, así eclesiásticas como religiosas y seculares, que habían concurrido procesionalmente de los pueblos circunvecinos. El príncipe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del Rey, su padre, donde estaba toda la casa real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos más autorizados de la Iglesia de Madrid, se colocó en una especie de trono, debajo de un magnífico dosel. El Rey, que se había limpiado de calentura desde que la caja salió de la iglesia de San Andrés, se halló enteramente bueno luego que entró en su cuarto la reliquia. Restituyóse ésta á Madrid con igual triunfo; acompañábanla más de seis mil personas á caballo con hachas en las manos, y entró en la villa entre el estruendo de la artillería y el repique general de todas las campanas. A ningún monarca se le hizo jamás recibimiento más solemne que á aquel pobre labrador; tanto se hace respetar de todos la santidad. El año siguiente se colocó el santo cuerpo en otra caja más suntuosa de plata, que costó más de diez y seis mil pesos de oro; y todo el año se pasó en la corte de Madrid en fiestas públicas con extraordinaria magnificencia, así en el adorno de las calles como en el de los templos. Finalmente, el papa Gregorio XV, á instancias del rey

**Felipe IV, y por satisfacer los ansiosos deseos de toda España, procedió solemnemente á su canonización el día 22 de Marzo del año de 1622; y no se puede explicar la alegría y la magnificencia de los pueblos en celebrar la fiesta de este santo Patrón de la villa y corte de Madrid, y protector especial de todo el reino.**

## **SAN JUAN BAUTISTA LA SALLE, CONFESOR, FUNDADOR DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA**

**OC**upa este nuevo Santo un lugar distinguido entre los fundadores de obras de educación cristiana, y nos recuerda á San Vicente de Paúl, á San José de Calasanz, al Santo Louis Marie Grignon de Monfort, fundador de las Hermanas de la Sabiduría, contemporáneo de La Salle, y á San Juan Bosco, fundador de las grandiosas obras Salesianas. ¡ Qué gloria para la Iglesia Católica contar en su seno estos insignes bienhechores de la humanidad!

**Nació La Salle el 30 de Abril de 1651, al principiar el reinado de Luis XIV, viviendo aún el fundador de las *Hijas de la Caridad* en Reims, ciudad del departamento de Marne, al Nordeste de Francia. Fueron sus padres Luis de Lasalle, consejero del Rey en el baillazgo de aquella ciudad, y Nicolasa Moét de Brouillet, descendientes ambos de familias nobles. Fue bautizado en el mismo día en que nació en la iglesia de San Hilario, dándosele el nombre de Juan Bautista. Su madre siguió el ejemplo de Doña Blanca de Castilla (hija de Alfonso VIII el de las Navas de Tolosa) y de otras célebres santas que propone la Iglesia por modelo á las madres cristianas. Con el fin de conservar á su hijo en la inocencia, le hizo respirar desde la cuna una pura y suave atmósfera de piedad; y lo mismo hizo con los otros seis hijos que la dio el Cielo,**

habiendo tenido la dicha de ver á cuatro de ellos consagrados á la vida religiosa.

Dotado Juan Bautista de las más felices disposiciones de alma y cuerpo, dio frutos precoces de virtud. Era niño sin tener inclinaciones de tal, porque nada en él había pueril. Quería Dios hacer de él una de sus obras predilectas, y desde la infancia fue adornado de gracias particulares. Sus diversiones, si las tuvo, fueron ensayos de virtud: devoto sin afectación, hallaba sus delicias en la oración y en la lectura de buenos libros. Todo su gusto era construir capillitas y adornar altares, y cantar himnos de la Iglesia. Aunque alegre y de buen humor, no gustaba de los recreos de la niñez. Para darle gusto habla que presentarle objetos piadosos, y no se le podía conceder favor más grande que el de llevarle al templo del Señor, dentro del cual parecía un ángel á los que le contemplaban; se llenaba de dulce emoción, y, vuelto á casa, no hablaba sino de lo que había visto en el templo, haciendo preguntas á sus padres de los misterios y de las ceremonias de la Iglesia. Con tales disposiciones obtuvo lo que deseaba: ser *niño de coro*, cargo que desempeñó con su encantadora y angélica modestia sin familiarizarse con el altar.

En 1660 había llegado ya el niño á los nueve años y era tiempo de que empezara los estudios. Su padre quiso que cultivase, como él, la música, pero Juan no sentía disposición alguna para este arte. Pusiéronle sus padres á estudiar en la Universidad de Reims, siendo el ejemplar de los estudiantes y el encanto de sus maestros, y el joven escolar se propuso no separar nunca los ejercicios de piedad de los del estudio, de modo que, conforme iba adelantando en edad, se le despertaba más y más la inclinación al estado sacerdotal: de edad sólo de once años, recibió la prima tonsura el 11 de Marzo de 1662. Desde entonces, Dios era su herencia y el centro de sus

afectos, y mostró un celo aun más ardiente en los ejercicios de piedad y en el estudio. Su conducta intachable traía á la memoria el recuerdo de la vida de San Luis Gonzaga. Llegado á la adolescencia, comprendiendo la lucha que el mundo y la carne habían de presentarle, para comenzar su angélica pureza acudió á las maceraciones, comenzando á desgarrar con sangrientos azotes su cuerpo virginal, juntamente con la asidua oración.

No tenía aún diez y seis años, y en 1666, por renuncia de su pariente D. Pedro Dozet, fue nombrado canónigo de la iglesia metropolitana de Reims, y, entre los consejos que le dio su pariente, fue uno éste: *Acuérdate, primito mío, que un canónigo debe ser como un cartujo y pasar su vida en la soledad y el retiro.* El joven prebendado vio en su dignidad nuevos deberes que cumplir, considerándose dichosos los canónigos ancianos de tenerle en medio de ellos, pues los enseñaba fervor, exactitud y regularidad. En 17 de Marzo de 1663 recibió las órdenes menores en Cambrai. Vuelto á Reims, prosiguió los estudios de Humanidades y Filosofía, recibiendo en 1669 el grado de maestro en Artes con notable distinción. Luego, en Octubre de 1670, pasó á París á estudiar Teología en el Seminario de San Sulpicio, donde se encontraba lo más florido de la juventud francesa, siendo uno de ellos el ilustre Fenelon, después arzobispo de Cambrai. Juan Bautista fue el modelo del Seminario todo el tiempo que en él permaneció, sintiendo gustoso los efectos de la atmósfera de ciencia, de celo y de piedad que reinaba en aquella casa. Pero tenía que aprender en la austera y amarga escuela del dolor el que había de ser fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. No había pasado un año, cuando perdió á su buena madre, y al siguiente año, 1667, perdía también á su padre, quedando huérfanos los siete hermanos. El pesar por la pérdida de sus padres se agregaba al de

tener que apartarse de su maestro y de los estudios, y de la santa casa donde se instruía. Cayó postrado á los pies de un crucifijo y se entregó á la oración. Para poner término á las dudas que le sobrevinieron sobre suceder á su padre en la magistratura, para atender á sus hermanos, hizo un retiro de ocho días, bajo la dirección del abate Tronson. Salió de él ratificado en su primera resolución de ser sacerdote.

Después de su permanencia de diez y ocho meses en el Seminario, volvió á Reims, á fin de vigilar mejor á sus hermanos y atender á los negocios de su casa, cumpliendo los gravísimos deberes domésticos que le impuso la muerte de su padre, y asumiendo la dirección de la familia, y para mayor acierto tomó por guía al abate Roland, doctor de la Sorbona. Por consejo de éste recibió el subdiaconado el 11 de Junio de aquel mismo año. Continuó la Teología en Reims, hasta hacerse licenciado en 1675, y en Marzo del año siguiente se ordenó de diácono en París. Dos años hizo pasar antes de recibir el presbiterado con humildad y paciencia, dividiendo el tiempo entre la oración, las maceraciones, el estudio y algunas obras de caridad, sin desatender los deberes domésticos. Para vencer el sueño, ya se arrodillaba sabré guijarros, ya se pinchaba en la frente con alfileres. A estos medios añadía una extrema sobriedad en las comidas. Convencido de la excelencia del estado sacerdotal, se preparó con el ejercicio de todas las virtudes, y el 19 de Abril de 1678 recibió el sacerdocio eterno de manos del arzobispo de Reims, celebrando al día siguiente la primera Misa, sin ruido ni aparato, en la catedral. La vida de La Salle, sacerdote, se divide en tres partes: la oración, el estudio y la caridad; la parte de Dios, la de sí mismo y la del prójimo.

El abate Roland, que había fundado la comunidad de *Hermanas del Santísimo Niño Jesús*, para instruir á

niñas pobres y huérfanas gratuitamente, al morir, pocos días después de ser sacerdote La Salle, encomendó á éste la dirección y protección de dichas Escuelas, tomando por consejero al Rdo. P. Barré, de la Orden de Mínimos. La Salle aceptó gustoso el encargo, y ante todo aseguró á la comunidad una existencia legal, lo cual había sido muy dificultoso, empezando ya Juan Bautista á ser considerado en Reims como uno de los bienhechores de la infancia: dotado de fe robusta, de espíritu claro y de firme voluntad, estaba preparado, sin conocerlo él, para ejecutar cosas grandes para la Iglesia de Dios, y resistir toda clase de pruebas. No concibió desde luego la obra gigantesca que había de ejecutar; confiado en brazos de la Divina Providencia, ésta le fue encaminando á aquélla poco á poco.

Vivía entonces en Roan una señora noble, rica y de talento; su único pensamiento era gozar y agradar al mundo. Baste decir que en su mesa se ponían los manjares más costosos; su cuerpo no lucía dos veces un mismo vestido. Se levantaba de la cama al medio día, pasando el resto del tiempo en componerse. Iba los domingos á Misa de doce, por hacer gala de sus brillantes atavíos. La vista de los pobres la irritaba. Tal era la esposa de Maillefer, contador principal de la ciudad, de quien quería Dios servirse para la fundación de las Escuelas cristianas, dando el primer dinero para establecerlas. Desechó un día furiosamente á un pobre que llamó á su puerta, sin auxilio alguno y enfermo, y el cochero de la casa, compadecido, le recibió en su caballeriza; pero murió el pobre durante la noche, y fue necesario comunicarlo á la señora, quien, colérica, despidió al cochero y arrojó furiosa una sábana para cubrir el cadáver. Verificado el entierro, al ir á cenar, encontró la señora la misma sábana que había dado para el cadáver, doblada en su puesto. Pálida de estupor y, de cólera, preguntó cómo era esto. Los criados afirmaron

que la sábana se había empleado según sus órdenes. Todos se llenaron de terror... Y es que el pobre, por una mano invisible, devolvió la sábana á su dueña, que le había negado un pedazo de pan. Este suceso providencial cambió radicalmente á la señora de Maillefer; emprendió una vida de penitencia y humildad, hasta comer pan mohoso y legumbres cocidas con sólo agua.

Con la caridad de esta señora y con la ayuda de Adriano Nyel, administrador y maestro del hospicio de Roan, y de Dorigny, cura de San Mauricio, y de tres jóvenes que, animados de celo, solicitaron aplicar sus fuerzas á tan santa empresa, se abrió la escuela para niños pobres en Reims en 1679, y en Septiembre del mismo año se abrió otra en la parroquia de Santiago, siendo ya cinco los maestros para ambas escuelas, y creciendo cada día el número de alumnos. Así pasó La Salle el año 1690, y en el siguiente recibió el grado de doctor en Teología, sin desatender los demás deberes como sacerdote y canónigo y como cabeza de familia. Como estas ocupaciones no le permitían consagrar todo el tiempo necesario á vigilar á los maestros, hizo que éstos fuesen dos veces al día á su casa, á las horas de la comida: uno de ellos leía, y La Salle les daba consejos é instrucciones sobre los deberes de su estado. Pero esto no bastaba. A cada paso se le presentaban dificultades y obstáculos. Fue á París á consultar sus dudas con el P. Barré, quien de tal modo le animó, que así que regresó á Reims hizo disponer una parte de su casa para los maestros, y el 24 de Junio de 1681, fiesta de San Juan Bautista, su Patrón, fueron instalados en ella, quedando encargado La Salle de la dirección de la casa de Reims.

Esto desagradó á su familia, que se creyó humillada con la conducta de Juan Bautista La Salle, porque el mundo no conoce la hermosura de las obras de Dios. Pero

esta contrariedad le estimulaba á proseguir su camino, y entonces se vio libre de la tutela de sus hermanos menores. Vencido este obstáculo, los maestros, al verse sujetos á una vida de religiosos, cuando sólo pensaban ser simples maestros de escuela, se disgustaron, y, excepto dos, los demás desertaron, lo cual llenó de dolor el corazón de La Salle: su obra estaba á punto á perecer; pero acudió al Cielo, y á principio del año siguiente le llegaron nuevos postulantes, que se sujetaron á los ejercicios, que aun se practican en las casas del Instituto, para que desde luego manifiesten su vocación. Al de director se agregó el cargo de Padre espiritual, y como tal les dio algunas reglas de vida. Para mayor retiro, dejó su casa paterna y trasladó la nueva comunidad de Hermanos á una casa en el barrio de San Remigio. Establecidas sólidamente las Escuelas Cristianas en Reims, empezó á divulgarse la nueva semilla por las ciudades vecinas. Rethel fue la primera que las pidió. Después se establecieron en Château-Portien, en Guisa y en Laon.

A fines de 1682, con motivo de separarse de la empresa Adriano Nyel, y el acrecentamiento de la santa obra, se aumentaron la responsabilidad y los cuidados de La Salle. Buscó fuerzas en la oración y en las austeridades, haciendo ejercicios espirituales lejos de la ciudad. Dedujo que en su empresa ninguna otra cosa debía proponerse que la mayor gloria de Dios, el mejor servicio de la Iglesia, su perfección y el bien de las almas. Puso como fundamento del nuevo Instituto la pobreza y la total entrega en manos de Dios, y por consecuencia renunció el canonicato, cantándose un *Te Deum* en acción de gracias por haberse aceptado la renuncia. Ya estaba libre La Salle de cuidados extraños para ir adonde Dios le llamaba. Con el mismo fin, en 1684, en el invierno, que fue muy riguroso, distribuyó sus bienes paternos entre los pobres en tres porciones: una

para los niños que frecuentaban la escuela gratuita, la segunda para los vergonzantes, y la tercera se repartió en su casa por las mañanas, dándoles á los pobres que acudían doble alimento para el cuerpo é instrucciones familiares para el alma. Esta distribución duró dos años.

Insuficiente ya la casa para las necesidades de su obra, alquiló otra en la calle Nueva, siendo ésta la que debe considerarse como la cuna propia del Instituto de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, porque allí empezó el santo fundador á practicar la vida íntima de comunidad y á dar el carácter que convenía á la naciente congregación. En ella también abrió una escuela gratuita. Consagraba gran parte de la noche al estudio y á la oración. Orando pasaba la noche del viernes al sábado de cada semana en la iglesia de San Remigio. Traía un cilicio que martirizaba su cuerpo continuamente, y un cinturón de cuero con puntas de hierro en lo interior. Así domaba la carne. Para consultar con Dios las *Constituciones* del Instituto, y que fuesen practicadas antes que escritas, se retiró con doce de sus principales discípulos al convento de Carmelitas, para pasarlos en ejercicios espirituales; comenzaron la vigilia de la Ascensión de 1684, y durararon diez y ocho días. Allí deliberaron sobre el modo de alimentarse, el vestido, el nombre que tomarían, los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia, y demás puntos necesarios. Dio los primeros reglamentos, y puso su Instituto bajo la especial protección de María Santísima, Madre de Dios, como Reina y Directora de sus Escuelas.

En el mismo año abrió el *Seminario de maestros de escuela*, para las escuelas rurales; es el primer modelo de las Escuelas Normales seculares, al mismo tiempo que instituía un *Noviciado menor* ó preparatorio para los niños que manifestaban piedad, y le proponían entrar en el Instituto. La piadosa muerte de algunos de sus

discípulos, y la muerte, para él muy sentida, del P. Barré y del Sr. Nyel le movieron á renunciar el cargo de director, y tales razones dio á la comunidad, que ésta nombró para sustituirle al hermano Enrique Lhereux, que era muy capaz; pero lo supo el arzobispo de Reims, y fue repuesto La Salle en su cargo, quedando bajo su dirección el hermano Lhereux. En 1688 tomó á su cargo una escuela en París, en la calle de la Princesa, que constaba de doscientos alumnos, y había fundado el cura de San Sulpicio; la reconstituyó según su reglamento, produciendo saludables efectos. Más tarde, con motivo de haberse fundado otra escuela en el barrio del Bac, en París, se alarmaron los maestros de la corte, porque empezaron á perder varios alumnos, y desde entonces comenzó contra los hermanos una guerra de quince años. El santo fundador, fundado en la caridad y en la justicia, sostuvo y ganó el pleito. También se burlaron del traje de los hermanos. La tribulación es el sello de las obras de Dios. A fines de 1690 fue á Reims á pie, y cayó enfermo. No bien repuesto de la enfermedad, volvió á París y cayó gravemente con peligro de muerte, hasta recibir el Santo Viático. Recuperada la salud, volvió á su vida ordinaria, y, estando en Reims, muere prematuramente el hermano Lhereux, pérdida muy sensible para La Salle. Pero le esperaba otro dolor al llegar á París: tuvo que luchar contra la indigencia, hasta temer que pereciese de hambre la comunidad. Estas y otras adversidades no disminuían el ánimo del siervo de Dios, que confiaba en el Señor en que no permitiría su destrucción. Para remediar algunos males, trasladó á Paris el Noviciado nuevo, y en 1691 convocó á los hermanos de Reims, Laon, Rethel, Guisa y Paris en la nueva casa de Vaugirard, donde hizo un retiro de ocho días, y allí, lejos del bullicio del mundo, reformó abusos, corrigió defectos, y escogiendo á dos de los que creía más firmes, Nicolás Vuyard y Gabriel Drolin, hicieron los tres voto solemne de estar siempre unidos á la santa obra para ser como las

columnas del Instituto. Al año siguiente abre el Noviciado en Vaugirard, hasta que dos años después, con motivo del hambre desoladora y la pobreza de los hermanos, hubo que trasladarse temporalmente el Noviciado á París, teniendo La Salle siempre su confianza y resignación plena en Dios. Regresado á Vaugirard, después de haber hecho la visita general de las comunidades, y viéndose ya constituida en paz su congregación, pensó en renunciar otra vez el cargo de superior. Cediendo á las lágrimas de su santo fundador, procedieron los hermanos á la elección, pero dos veces reunió el nombre del siervo de Dios la unanimidad de votos. Alzó los ojos al Cielo, y se resignó; pero les hizo firmar la declaración de comprometerse á no elegir por superior, después de muerto él, sino á un hermano del Instituto, y nunca á ningún sacerdote ni ordenado *in sacris*.

Estando en Vaugirard se sintió inspirado para escribir las *Reglas* del Instituto, las cuales sometió á examen de sus principales discípulos. Tardó tres años en escribirlas, después de pedir la gracia del Cielo con ayunos, oraciones y nuevas penitencias. Estas Reglas, aceptadas por sus discípulos, aprobadas varias veces por la Santa Spde, ratificadas por varios soberanos y Parlamentos, consagradas por una experiencia de dos siglos, son un monumento de cristiana sabiduría y de caridad. Sus artículos fundamentales son: *Este Instituto tiene por objeto dar á los niños una educación cristiana... Su espíritu es, primeramente, de fe, enderezándolo todo á Dios y atribuyéndoselo á El. En segundo lugar, el espíritu de este instituto coñsis- te en tener ardiente celo para instruir á los niños y educarlos en: el santo temor de Dios...* Además de las Reglas, escribió La Salle trataditos para los niños, Catecismos muy sencillos, manuales para oír Misa y para confesar y comulgar, silabarios, tratados de urbanidad y,

en fin, el admirable libro del *Directorio de las Escuelas Cristianas*, en el que reunió los frutos de su vasta experiencia y las invenciones de su ingenio pedagógico, ilustrado por las virtudes cristianas.

Aumentado el número de postulantes, se trasladó el noviciado á la casa que en París habían ocupado las religiosas de Nuestra Señora de las Diez Virtudes, y, establecido en ella en 1698, se dedicó el Santo á multiplicar las escuelas en otros puntos, encargando parte de la dirección á varios Hermanos. La prosperidad de estas fundaciones excitó la envidia de los maestros calígrafos, que promovieron un litigio de ocho meses, quedando, por consecuencia, cerrada la escuela de la calle de San Plácido. Habían sido arrojados de Inglaterra Jacobo II y varias familias cristianas, y, refugiados en Francia, el rey Luis XIV confió á La Salle la educación de cincuenta jóvenes irlandeses, mostrando al mismo tiempo un celo extraordinario en la conversión de varios jóvenes de malas costumbres; porque, siendo La Salle como padre de la juventud, todos acudían á él en circunstancias difíciles, pues poseía el don de mover los corazones.

Noticioso el cura de San Hipólito del bien que hacían las Escuelas cristianas, se abrió en 1700 en su parroquia una escuela y un seminario de maestros para el campo, y una escuela dominical en la parroquia de San Sulpicio; pero en estas fundaciones pasó el Santo por la mayor de las pruebas, que es la contradicción que encontró por parte de los que pensaban casi como él. Gusta que persigan los malos; pero que la persecución venga de los tenidos por buenos, mortifica mucho á un corazón recto, por humilde que sea. Por otra parte, empezaba la Iglesia en Francia á sentir las primeras arremetidas de la herejía jansenista, de la que no pocos obispos se dejaron seducir, y los Hermanos de la Doctrina

**Cristiana permanecieron perfectamente sumisos á la Santa Sede. El cardenal de Noailles, arzobispo de París, encargó al abate Pirot formase proceso contra La Salle, por faltas que él no había cometido ni consentido, y fue depuesto de la dirección, dándose ésta al joven abate Bricot; pero la comunidad no se conformó, y mejor informado el prelado, á los pocos meses (1702), dejó las cosas en su anterior estado. A estas pruebas, en las que el siervo de Dios mostró grande humildad y confianza en Dios, se siguieron otras con motivo de haberse trasladado la casa central al barrio de San Antonio. Firme La Salle en su santo propósito, siguió estableciendo nuevas escuelas en otras provincias, en Chartres, Calais, Troyes y Aviñon, y poco después logró tener una en Roma, dirigida por el hermano Gabriel Drolin. Extiende luego su obra por el Mediodía de Francia, y en 1712 sufre otro proceso tan infundado como los anteriores. En Marsella descubre las intrigas de los jansenistas, y sufre nuevas persecuciones. Todo lo soportaba con paciencia, sin perder nunca la serenidad interior ni la exterior.**

**Después de visitar un año después la escuela de Grenoble, se retiró á la grande Cartuja, próxima á aquella ciudad, donde pasó unos días entregado á la oración y penitencia, para cobrar nuevas fuerzas hasta el término de su carrera. Por entonces se promulgó la bula *Unigenitus*, del papa Clemente XI, contra las proposiciones heréticas de Quesnel, y La Salle aceptó y acató la decisión pontificia con sumisión filial, haciendo lo mismo toda la congregación, exponiéndose á las iras del partido jansenista, que era poderoso en todas partes. Quien tiene á Dios, nada debe temer sino es el pecado.**

**Ausente ya dos años de París nuestro Santo, sus adversarios intentaron introducir la división y el desaliento en el instituto con proyectos de reformas inconvenientes. Las Reglas del Instituto, no podían ser**

mejores: según la mente del fundador, los Hermanos de todo el mundo deben formar una familia única, regida por un solo padre, que es el superior; habrá una Casa paterna, que es el noviciado, y una ley sola, que es la Regla. Además están sujetos á la autoridad eclesiástica. La intrusión de cualquiera otro elemento alteraría el orden y no se cumplirían los fines de la institución. Pero muchos obispos tenían firme intención de fundar escuelas en todas sus parroquias, siguiendo la prescripción del Concilio Tridentino, y les faltaban maestros. Además, por este tiempo estaba dividido el clero en Francia, porque algunas diócesis seguían el partido jansenista. Por consecuencia, pretendieron que los Hermanos debían tener por superior en cada ciudad un sacerdote extraño al instituto, suprimiéndose el noviciado central. Mas el santo fundador, que había profesado siempre completa sumisión á Roma, no podía exponer á sus hijos al peligro del error, ni destruir su propia obra, que producía tan copiosos frutos. Hasta el arzobispo de París se negó á modificar la Regla, á pesar de que los abates de la Chétardié y de Brou se interesaron por el nuevo plan, y, merced á la gran prudencia de La Salle, no se introdujo ninguna alteración en la Regla, probada ya en el crisol de las contradicciones de arriba y de abajo. Regresó á París, y, después de las vacaciones de 1715, viendo que la vida le era allí muy costosa, trasladó el noviciado á San Yon, adonde partió el Santo, dedicándose á la dirección de los novicios, y utilizó en esta obra, que consideraba como capital, la experiencia adquirida durante los muchos años de su gobierno. A instancias de un caballero llamado Gense partió á Calais, donde fue recibido y agasajado por aquél: estando en la mesa, un pintor oculto tras una cortina habla logrado dibujar una parte del rostro del Santo. Así que lo advirtió éste, se levantó de la mesa y se despidió fríamente del dueño de la casa. Estando en esta misma ciudad reprendió al deán porque en su plática doctrinal, en el día de la Asunción

de la Virgen, imbuido en las nuevas ideas, no había mentado siquiera la fiesta del día. De Calais pasó La Salle á Saint-Omer, donde deseaban verle hacia mucho tiempo, y por último regresó á Roan. Agobiado como estaba por los achaques, y aun enfermo muchos meses había, resolvió, dimitir su cargo y hacer elegir en lugar suyo otro superior general.

Sólo contaba entonces sesenta y cinco años; pero las fatigas y austeridades, no menos que los contratiempos, le habían debilitado grandemente, y veía él la muerte muy cercana. El 4 de Diciembre de 1716 congregó á los seis principales hermanos en Roan, y les comunicó su resolución, logrando convencerlos, á pesar de su viva resistencia. El hermano Bartolomé visitó y consultó el caso á todas las casas del Instituto, y, reunidos en asamblea general para elección del superior, en Mayo del siguiente año, después de haber implorado las luces del Espíritu Santo, por medio de un retiro, dirigió La Salle á sus hijos las más tiernas instrucciones, y en seguida se retiró á su celda para dejarlos en plena libertad, mientras él atraía sobre ellos, las bendiciones del Cielo; por fin, al cabo de dos días, el 18 de Mayo de 1717, fue electo superior general del Instituto, por el voto general, dicho hermano Bartolomé, al cual se le dieron dos asistentes, que fueron el hermano Juan, director de la casa de París, y el hermano José, director de la de Reims. Prolongóse el retiro hasta el domingo de la Santísima Trinidad, que es la gran fiesta del Instituto, y en ese día, todos los hermanos, precedidos del Santo de La Salle y el hermano Bartolomé, renovaron los votos.

Libre ya La Salle de los cuidados de superior, no pensó sino en perfeccionarse más en todas las virtudes, principalmente en las de humildad y obediencia, sin querer en adelante dar orden alguna ni hacer nada sino con licencia del superior. Se limitó á celebrar Misa, á

confesar á los hermanos y á los novicios, como simple capellán. Si fue en Octubre á Paris á cobrar un legado en favor del Instituto, lo hizo obedeciendo, y edificó en el Seminario de San Nicolás de Chardonnet, donde se hospedó, haciendo vida común con los jóvenes. En todo se mostraba humilde y pobre por amor á Dios; hablaba poco, y nunca de sí ni de sus obras. Se alimentaba con la oración dos ó tres horas diarias. Llamado por sus hermanos, dejó con dolor el Seminario, dirigiéndose á San Yon, donde se ocupó en arreglar varios asuntos, porque preveía próxima su muerte. Buscó el cuarto más humilde de la casa en el piso bajo, y que comunicaba con la caballeriza. En los momentos de ocio escribía varios libritos, en especial el *Método de oración*. Los santos sólo descansan después de su muerte.

Durante el invierno de 1718 se le agravó el reumatismo, aumentado con un asma que padecía día y noche, y ya no quería pensar más que en morir. Sus fuerzas se disminuían; con todo, quiso observar la Cuaresma de 1719. Un accidente complicó el mal: se le cayó sobre su cabeza una puerta, lo cual le ocasionó vivos dolores. No se alteró por eso, antes dijo: *Espero que pronto me libraré de Egipto para entrar en la verdadera tierra prometida*. El día de San José celebró su última Misa. Agravóse el mal, y á pocos días recibió el Santo Viático de rodillas, revestido de estola y pelliza y con el rostro inflamado por el fervor santo de su corazón. Al día siguiente, Jueves Santo, recibió la Extremaunción con los sentidos sanos. Su voz se debilitaba. Todos sus hijos se postraron de rodillas, y el Santo los bendijo diciendo: *¡Bendígaos á todos él Señor!*, y lea añadió algunos consejos. Un sudor frío apagó aquella sensibilidad, y después de implorar la asistencia de la Virgen con la oración que solía rezar todas las noches: *Maria Mater gratiae*, etc., á las cuatro de la mañana entregó su espíritu al Señor, el Viernes Santo, 7 de Abril de 1719, á

los sesenta y ocho años de edad, dejando sólo, propio, un Crucifijo, un Nuevo Testamento y un Kempis; pero, en cambio, ha dejado establecida en la Tierra una obra de instrucción cristiana que, si Dios no la hubiera sostenido con su mano por modo visible, hace mucho tiempo que yacería sepultada en el más completo olvido. En seguida se divulgó la noticia por toda la ciudad de Roan, que acudió á la casa en busca de reliquias. Fue necesario cortar pedacitos de sus vestidos para contentar á algunos. El Sábado Santo fue enterrado sin pompa, entre las lágrimas y los sollozos de los hermanos, en la iglesia de San Severo. Sus restos han sufrido algunos traslados, hasta hace pocos años, en que se han guardado en la nueva iglesia de su Instituto, en el centro de Roan.

El mejor retrato del Santo es decir con el canónigo Blain: «En la oración parecía un ángel; en el altar, un serafín; en el celo, un apóstol; un segundo Job en las tribulaciones; un nuevo Tobías en la pobreza; en la confianza absoluta en la Providencia, otro Francisco de Asís; otro abad de Raneé en los rigores de la penitencia; en la práctica de la obediencia, un nuevo Dositeo; finalmente, un perfecto discípulo de Jesucristo en el ejercicio de todas las virtudes». Al morir dejó el santo fundador 33 casas establecidas, 274 Hermanos y 9.385 alumnos. En 1725 recibió el Instituto á la vez las Letras patentes de Luis XV y la Bula de aprobación del papa Benedicto XIII; En el siglo presente se hallan establecidas Escuelas Cristianas por todas partes del mundo, y en Madrid está su colegio de Nuestra Señora de las Maravillas en la calle de Bravo Murillo, 104, siendo los Hermanos muy estimados en toda la corte.

Introducida la causa de canonización en 1835, el papa Gregorio XVI le declaró *Venerable* el 8 de Mayo de 1840; el papa Beato Pío IX, por decreto de 1.º de Noviembre de 1873, declaró practicadas en grado

heroico las virtudes teologales y cardinales por el venerable La Salle; el 19 de Febrero de 1888, el papa León XIII le beatificó solemnemente, después de haber aprobado tres milagros obrados por intercesión de La Salle, designando el 4 de Mayo para su fiesta en las diócesis de Reims, París y Roan y en las capillas de los Hermanos ; y, por último, el 24 de Mayo de 1900 ha sido canonizado por el mismo Pontífice reinante, habiendo fijado su fiesta el 15 de Mayo, con rito doble.

**La Misa es en honor de San Isidro, del común de confesor no pontífice, y la oración la siguiente:**

**¡Oh Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Isidro, tu fiel confesor! Danos gracia para que, celebrando la nueva vida que recibió en el Cielo, imitemos las acciones que ejecutó en la Tierra. Por Nuestro Señor...**

**La Epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 12.**

## **REFLEXIONES**

**Parece paradoja, y es una virtud innegable, que la condición de los ricos no es la más envidiable ni la más feliz. Sin hablar de los cuidados, de las pesadumbres, de los sobresaltos que traen consigo las riquezas, ¡cuántos estorbos, cuántos tropiezos se atraviesan con ellas en el camino de la salvación!**

**Lógrase un empleo, un título, una renta que nos distingue del común; rara vez resulta en favor de la virtud esta distinción. Levántanos del polvo una rica herencia, un suceso afortunado; al instante nos olvidamos de lo que fuimos. El amor propio siempre hace fortuna con la persona. Se ve raras veces que el orgullo, la delicadeza y**

la diversión se separen de la prosperidad. Parece que el regalo, la indevoción y la ociosidad son el día de hoy las mejores pruebas de nobleza, singularmente en las mujeres del mundo. El abuso es intolerable, no se puede negar; pero ¿deja por eso de ser menos autorizado por la muchedumbre? ¡Oh, y con cuánta razón gradúa el Sabio, por una especie de prodigio, á un hombre que conserva su inocencia en medio del esplendor y de la abundancia! Desengañémonos, todo es de temer cuando todo nos halaga.

En la prosperidad del mundo todo es tentación, todo peligro. La autoridad disfraza el delito, la suntuosidad le llama, la adulación le domestica, y la abundancia le sustenta. En medio de esta región de gusto y de placeres ¿se podrá prudentemente esperar una pronta conversión hacia el dolor y hacia la penitencia? Es menester que un hombre rico y pecador deje de vivir como rico, si ha de vivir como penitente. ¿Y se hallan el día de hoy muchas conversiones de éstas? Según el espíritu del Evangelio, cuanto más rico es un cristiano, más mortificado debe de ser; esto es, cuanto mayor es su abundancia y más facilidad tiene de lograr todos sus gustos, mayor debe de ser su esmero en cercenar las conveniencias de la vida. El pobre no tiene tantos sacrificios que hacer; pero el rico no puede ser discípulo de Jesucristo sino con esta precisa condición. Esta doctrina ¿será del gusto de muchos? Pero ¿dejará por eso de ser doctrina de Jesucristo?

**El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas, y el mismo que el dia 12.**

## **MEDITACIÓN**

**Qué frutos espera Dios de nosotros.**

**PUNTO PRIMEO.—**Considera que por los frutos que espera Dios de nosotros no se entienden ciertas devociones secas y estériles, ciertas exterioridades de virtud que por lo regular sólo sirven para tener entretenidas á las personas imperfectas, manteniéndolas en una vida tibia, en la cual, á favor de aquellas aparentes señales de piedad, viven llenas de groseras imperfecciones, y mueren muchas veces impenitentes. Las virtudes de perspectiva de este género de gentes, á lo más son hojarasca; esto es, unas bellas apariencias que deslumbran á los ojos de los hombres, y á ninguno engañan más que á los mismos que las representan. ¡Qué fácil es equivocarse en esto!

Quando no se tiene más que una devoción superficial, se juzga ser efecto de la virtud lo que solamente lo es, ó de la pasión disfrazada, ó del genio, ó de la educación.

Por frutos dignos de penitencia, como los llama San Juan, ó por frutos del Espíritu Santo, en frase de San Pablo, se entienden los efectos de un amor de Dios real y sincero y de una perfecta caridad con el prójimo.

Considera ahora si has llevado hasta aquí muchos de estos frutos. Los días y los años vuelan rápidamente; muchos se hallan ya á vista de la sepultura; ¿cuántos habrá que no llegarán al fin de este año? ¿Y qué provisión han hecho para la eternidad? El Supremo Juez está ya para substanciar el proceso. ¿Y hay quién se duerma? ¿Hay quién se divierta? ¿Hay quién piense en todo menos en esto? ¡Oh mi Dios, y cuántos árboles están ya con la segur á la raíz para ser arrojados en el fuego!

**PUNTO SEGUNDO.—**Considera con cuánta bondad, con cuánto cuidado nos ha cultivado Dios. Más ha de tres años, y acaso más de diez, que está trabajando el Señor

**para que demos fruto de buenas obras. Muchos menos auxilios han llenado el Cielo de grandes santos, y todos ellos no han bastado para hacerme á mí un verdadero religioso, ni acaso un buen cristiano.**

**¿Qué provecho he sacado de tantas misas, de tantas confesiones, de tan crecido número de comuniones? Bastaba una sola para convertir al más grande pecador, y para elevar á un alma á la más sublime perfección ¡Ah, Señor! Acaso he comulgado más de doscientas veces; acaso he celebrado el divino sacrificio más de mil, y todavía no me he enmendado de un solo defecto. Después de tanta lectura espiritual, después de tanta reflexión, después de tantas devociones, después de tantos buenos ejemplos, ¿soy, por ventura, más humilde, más caritativo, más apacible, menos desabrido á costa mía, más exacto, más observante, más mortificado? ¿Me he hecho acaso más religioso y mejor cristiano?**

**Estas reflexiones asustan, estremecen; pero ¿cuál será el fruto de ellas? Engañamos á otros y nos engañamos á nosotros mismos con el oropel de algunas buenas obras pasajeras, con una ostentación de virtud, con alguna ligera reforma de que hacemos alarde, á la cual nos limitamos, confundiendo las gracias y las inspiraciones para convertirnos con la misma conversión. Y á esto se reduce todo el celo que presumimos tener de nuestra salvación eterna.**

**Dignaos, Señor, ilustrar con vuestra gracia mi entendimiento, y mover tan eficazmente mi corazón á vista de la esterilidad de mi vida, que comience desde ahora á ser árbol menos estéril, y á dar frutos dignos de que sean presentados á Vos. Haced por vuestra gracia que sean eficaces mis propósitos de amaros y serviros, no ocupando ya inútilmente un terreno que hasta aquí he ocupado tan mal.**

## JACULATORIAS

**Desecado estoy, en fuerza de mis miserias; vivificadme según vuestra palabra.—Ps. 118.**

**Sí, Dios mío, ya no piensa mi alma en más que en reparar las negligencias pasadas, observando exactamente vuestra divina ley el resto de mis días.—*Ibid.***

## PROPÓSITOS

**1. No nos pide Dios frutos de países remotos; solamente son de su gusto, por decirlo así, los que nacen en nuestro propio terreno. No es menester salir de nuestra condición ó de nuestro estado, ni buscar otro empleo que aquel en que nos ha colocado la Divina Providencia; no es menester aguardar á edad más madura ni á vida más tranquila; cada día y cada hora se puede presentar á Dios un nuevo fruto; ya un acto de caridad que se ejercita, ya otro de mortificación ó de humillación que se padece, ya la victoria de una pasión que se consigue, ya un sacrificio del amor propio que se hace. Pocas horas hay en que no se pueda practicar algún acto de virtud: ¿y cuántos actos de paciencia se podrán practicar en una hora? ¡Oh Dios mío, y en qué poco tiempo nos haríamos ricos de bienes espirituales, si nos supiéramos aprovechar de todo!**

**2. Examina bien cuál es tu pasión dominante; ella te proporcionará muchas ocasiones para ejercitarte en actos de virtud. Ten previstas sus inclinaciones, preocupa sus asaltos, aprovéchate de todo. ¿No tienes alguna envidia, alguna aversión, alguna antipatía? No hay gusano más roedor de este género de frutos espirituales. Mira que Dios hace grande aprecio de estas menudencias; no desestimes su cultivo. Nunca leas libro**

**alguno piadoso sin sacar de él algún fruto; y para eso, al acabar de leer, determina cuál ha de ser.**